



[ENDI.COM](#) > [Revista Domingo](#)

<
REGRESAR

Publicado: domingo, 17 de octubre de 2004

Los horizontes de Carmelo Sobrino

DICE OCTAVIO Paz en Corriente alterna que la palabra y sus elementos constitutivos son campos de energía, como los átomos y las partículas. "La naturaleza es lenguaje", dice Paz "y éste es un doble de aquella. Recobrar el lenguaje natural es volver a la naturaleza antes de la caída y de la historia. La poesía es el testimonio de la inocencia original". Esta cita de Paz puede aplicarse a la obra de Carmelo Sobrino, uno de nuestros pintores más profundos y poéticos.

Mi amor por Carmelo viene de lejos. En el 1970 adquirí en la Galería Marrozini un dibujo suyo a lápiz sobre papel, Abuelita, una de sus primeras obras. Quizá mi amor por Carmelo viene de la naturaleza de su arte: Carmelo es escritor como yo. Para él todo arte es horizonte, transformación constante, y en el Caribe se vive, más que en otros lugares, al filo de los horizontes.

Son muchos los horizontes que nos rodean. La epidermis del cuerpo es un horizonte que separa el mundo de adentro del mundo de afuera, el espíritu del cuerpo. En Puerto Rico, rodeados por el mar por los cuatro costados, todo es paisaje. Sobrino pinta el arrabal, la playa cubierta de bañistas, las carreteras pululantes de autos, los pueblos costeros como Arecibo, Dorado, Fajardo: todos tienen el mar como telón de fondo. Por eso sus cuadros están compuestos de signos fragmentados, de residuos de letras que una vez expresaron nuestra esencia y que hoy se difuminan y desaparecen. Somos un pueblo en vías de extinción, un pueblo que se aleja de sí mismo a velocidad vertiginosa. Nueva York, Orlando, Chicago suelen ser nuestro destino, pero en esa misma velocidad que perseguimos ante el abismo encontramos nuestra esencia ontológica. El horizonte nos traga y a la vez nos vomita. Puerto Rico en los horizontes de Carmelo es un hoyo negro, un mantra infinito que se repite y nos hace posible la supervivencia.

De la misma manera que el horizo@nte de la ciudad de Nueva York, podado ya de las torres gemelas de dos mil pies de altura, es una metáfora de los Estados Unidos, los horizontes de Carmelo, con sus mares de casitas agazapadas como si buscaran en el



El pintor, cuyos Horizontes, según la autora, son una metáfora de Puerto Rico.
Suministrada

acercamiento a la tierra protección y sustento, son una metáfora de Puerto Rico. En estos cuadros el paisaje se hace y se deshace ante nuestros ojos en una creación constante.

El lenguaje es el horizonte que distingue (y a la vez identifica) la realidad de lo imaginado: la frontera no es el español ni el inglés, la frontera se encuentra en la energía que oscila constantemente entre las lenguas: la necesidad de comunicación. En los cuadros de Carmelo hay comedia y hay tragedia. Los puertorriqueños somos letras en movimiento perpetuo, trompos en un baile que no cesa, carritos locos como los de su extraordinario cuadro El Túnel, que se desplazan a velocidad de centella por la oscuridad de una carretera que se pierde en las entrañas de la tierra.

Hay un punto de fuga en estos mantras que nos llevan a la meditación de la conciencia del ser. ¿Por cuánto tiempo podremos seguir jugando con nuestro destino, contaminando el aire, destruyendo los bosques, ensuciando las playas con los carbones incinerados de nuestros cuerpos asados a la barbécue? Vivimos (somos, bailamos) en una isla paradisíaca que está al borde del cataclismo.

Carmelo Sobrino no olvida de dónde viene. Nació en el 1947 en el barrio Corujo, entre Manatí, Ciales, Morovis y Vega Baja. Corujo es un barrio limítrofe, una frontera de regiones desde la cual se divisa, en la lejanía, el mar. "Era un lugar alto, poblado de robles rosados y de árboles de chinas", dice. "Esa topografía mansa despertó en mí una conciencia clara de la importancia de la naturaleza."

Su familia era campesina, de origen humilde pero no pobre, que labraba la tierra para su sustento. Su abuelo trabajaba en la zafra cortando caña, y era también músico de guitarra y cuatro. Su abuela hacía talas de maíz, de batatas y habichuelas. Fue en las hortalizas de tomates, de lechugas y de ajíes que Carmelo desarrolló por primera vez un sentido del color.

La primera vez que Carmelo vio una obra de arte fue en casa de su abuela. "La vi cortando un canto de palo de un árbol de guanábana; fue dándole golpes al palo hasta que ante mis ojos asombrados salió el cabo de un machete. Le hizo una hendidura y metió en ella la lama del machete, amarrándolo con una soga. Eso fue un acto de magia para mí", dice Carmelo, "sacar algo de la nada. Mi abuela era una artista".

Carmelo estudió en la escuela pública de Manatí, a donde se mudaron sus padres cuando la caña se vino abajo. En Manatí conoció a Quico, pintor de rótulos, de quien se hizo aprendiz. Quico dibujaba letras en las paredes y en las vitrinas de cristales de las tiendas de Manatí. Sobrino empezó a dibujar midiendo las letras de Quico con regla y pasándoles por encima con un pincel. Aprender a dibujar la S y la O -las letras con las que comienza su nombre- se le hizo muy difícil. "Tuve que dibujar cientos de letras, pinté rótulos como loco", dice. "Tenía que cortar clases para irme a hacer rótulos por los pueblos: Arecibo, Barceloneta, Morovis, Ciales, Vega Baja". Sobrino vivía literalmente de lo que escribía. "Las letras, dice, me llevaron al mundo."

"Los horizontes son importantes porque son recipientes. En ellos depositamos lo que llevamos dentro", dice Carmelo. Pueblo, barrio, aldea, gran ciudad, Puerto Rico está contenido en las telas de Sobrino tal y como quedó estampado el rostro de Cristo en el lienzo de la Verónica. RD

"Horizontes y otras musarañas" abre el 23 de octubre en el [Museo de Arte de Ponce](#).